



MARGARITA MICHELENA



Notas para un árbol genealógico y otros poemas



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers

Rector

Rosa Beltrán Álvarez

Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales

Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldívar

Voz Viva



Ilustración de portada: Paulina Peña García

VV - 144

Primera edición: 19 de agosto de 2022

DR © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-6377-7

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM.
Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Michelena, Margarita, autor. | Molina, Silvia, 1946- , prologuista.

Título: Notas para un árbol genealógico y otros poemas / Margarita Michelena ; presentación, Silvia Molina.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2022. | Serie: Voz viva de México.

Identificadores: LIBRUNAM 2168778 | ISBN 978-607-30-6377-7.

Clasificación: LCC PQ7298.23.I2.A6 2022 | DDC 861—dc23



MARGARITA MICHELENA



Notas para un árbol genealógico y otros poemas

Presentación
Silvia Molina



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2022



Fotografía de Rogelio Cuéllar



Margarita Michelena

Poeta, crítica, docente, periodista, guionista de radio y traductora. Nació en Pachuca, Hidalgo, en 1917, y su obra es imprescindible para comprender la poesía escrita por mujeres durante la segunda mitad del siglo XX. Fue contemporánea de Emma Godoy, Griselda Álvarez y Guadalupe Amor. Entre 1945 y 1969 publicó cuatro poemarios y una antología: *Paraíso y nostalgia* (1945), *Laurel del ángel* (1948), *La tristeza terrestre* (1954), *El país más allá de la niebla* (1969), y *Reunión de imágenes* (1969). Fundó y codirigió revistas literarias y políticas como *El Libro y el Pueblo* y *Respuesta*. Colaboró extensamente en el periódico *Excelsior* y en la revista *Siempre!*, donde dirigió el suplemento *La Cultura en México*. Para diversas publicaciones tradujo a Raymond Aron, Charles Baudelaire, Jules Combarieu, Gerard de Nerval y Marcel Proust. Fue miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, como creadora emérita.





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Silvia Molina 9

Del libro *Laurel del ángel*

El recinto vacío (02:37 min.) 15

Elegía (02:10 min.) 19

Del libro *La tristeza terrestre*

El velo centelleante (03:57 min.) 23

A ti, rosal, nevado por la cima... (01:49 min.) 28

A las puertas de Sion (02:25 min.) 31

La tristeza terrestre (02:36 min.) 34



Del libro *El país más allá de la niebla*

Hipótesis del vuelo (02:46 min.)	39
Monólogo del despierto (10:27 min.)	43
Golpe en la piedra (10:47 min.)	55
Sueño y rescate (04:26 min.)	67
Notas para un árbol genealógico (27:31 min.)	73



PRESENTACIÓN

Silvia Molina*

La vida y la obra de Margarita Michelena son las de una escritora que se dio tiempo para ejercer gran diversidad de oficios, gracias a una disciplina férrea. De padres españoles, nació en la ciudad de Pachuca, Hidalgo, el 21 de julio de 1917, y desde niña fue combativa y crítica. Con una obra breve, y un tanto dificultosa, dejó su huella permanente en la literatura mexicana.

Se daba tiempo para ser esposa, ama de casa, madre, periodista polémica, guionista de radio, traductora, crítica literaria y, sobre todo, poeta. Fumadora empedernida, tuvo tres matrimonios y dos divorcios. Casó con el pintor nayarita Eduardo Cataño con quien tuvo dos hijos (Andrea y Jesús) y quedó viuda en 1964. De padre castellano y madre vasca heredó la fuerza y, en mucho, sus deseos de trascender de alguna manera. Fue contemporánea de Emma Godoy, Griselda Álvarez y Guadalupe

*Narradora, ensayista y editora. Premio Xavier Villaurrutia (1977), Premio Sor Juana Inés de la Cruz, FIL de Guadalajara (1998), Premio Coatlicue (2017).



Dueñas, entre otras escritoras. Amiga y colaboradora de Efrén Hernández, participó en la redacción de la legendaria revista *América*.

En el ámbito periodístico se distinguió por su pluma implacable para la crítica: exacta, firme y valiente. Fundó la revista política *Respuesta* y el periódico *Cuestión*, un proyecto interesante porque en él sólo había colaboradoras. El diario, anunciado como “la visión femenina de la noticia”, resultó exitoso. Colaboró en varias revistas, periódicos y suplementos culturales como *Examen*, *Pájaro Cascabel*, *México en la Cultura* y *Siempre!...* Dirigió *El Libro y el Pueblo*, de la Secretaría de Educación Pública.

De su obra poética, ella misma dijo en su introducción al Material de Lectura, de la Universidad Nacional Autónoma de México:

Cada poeta que haya pensado en el origen, la naturaleza y las causas de su materia tiene su propia definición de la poesía. Yo encontré la mía propia en Novalis: la poesía es la realidad última de los seres y las cosas. También me atengo a lo que dice Heidegger acerca de la índole



ontológica del quehacer poético: la poesía es la fundamentación del ser por la palabra.

Octavio Paz señaló que “sus poemas son cristalizaciones transparentes, poemas bien plantados en la tierra, pero movidos por una misteriosa voluntad de vuelo”.

La obra poética de Margarita apareció en los libros: *Paraíso y nostalgia* (1945), *Laurel del ángel* (1948), *Tres poemas y una nota autobiográfica* (con ilustraciones de Cataño, 1953), *La tristeza terrestre* (con ilustraciones de Cataño, 1954), *El país más allá de la niebla* (1969), *Reunión de imágenes* (1969), *Margarita Michelena*, selección y nota de la autora, México, Material de Lectura de la Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 128.

Se dice que Margarita Michelena se distinguió por una fina sensibilidad y pureza lírica de símbolos poéticos. Figura en antologías de poesía mexicana e hispanoamericana editadas en México, España y Argentina. Su poesía es iluminada, nostálgica. Religiosa a veces, cuando busca algo al final del camino. Pero es clara la búsqueda de sí misma, su pasado, sus



muertos, la música de su poesía, la tristeza, las reflexiones. Tal vez por eso también escribió “*Notas para una genealogía*”, aunque en algún momento ella dice que para quedar bien con sus muertos. Para saldar una cuenta. La dureza con la que se juzga a sí misma, se encuentra poco en la poesía mexicana escrita por mujeres.

Su hija Andrea Cataño dijo de la poesía de Margarita:

Mi mamá no es una poeta fácil, no es una poeta lírica, pues la suya es una poesía dolorosa, de búsqueda de Dios, del sufrimiento, de la angustia de ser, de la memoria, pues para ella era muy importante la memoria de lo que fuimos antes de llegar aquí, y por qué estamos aquí. Fue una poeta de una obra muy densa y escasa. Después de escribir “*Notas para un árbol genealógico*”, que fue su último gran poema, dijo que ya no tenía nada que decir, fue una obra catártica para ella pues se puso en paz con sus muertos.¹

¹ <http://cultura.hidalgo.gob.mx/273-conversatorio-sobre-margarita-michelena/> Consultado el 4 de abril de 2020.



Reino oscuro de enigmas me entregaste,
y un ángel que me hiera cuando olvido y callo,
y una lengua doliente y una copa sellada.
Esto es la poesía: no un don de fácil música
ni una gracia riente.
Apenas una forma de recordar, apenas
—entre el hombre y su orilla—,
una señal, un puente.

Murió en la Ciudad de México, el 27 de marzo de 1998.

Del libro
LAUREL DEL ÁNGEL
1948



El recinto vacío

Como si hubiera muerto, yo te miro.

Abandonado en medio de la arena

y la frágil espuma de tu sueño.

Eres mi propio cuerpo.

La carne inmóvil, suspendida y triste

a la que pertenezco.

Tendido estás sin mí, sobre la orilla

de un golfo que no veo.

Doblado como un niño sin sonrisas,

sin sombra y sin deseos.

Como un leve reloj, y como un ancla.

¿Eres tú, huella mía,
solitario andamiaje y barca sola,
litoral apacible y engañado,



el testimonio del amor que he sido,
la rendida estación junto a la rosa
y el estupor de estar bajo una estrella?

Viéndote así, dejado
sobre tu playa de algodón y aliento,
recuerdo de muy lejos las caricias
que tú hiciste por mí,
la dulce música
que oyó ese caracol de muerto mármol
vencido en la marea
cálida, seca y muda de la almohada.

Protagonista mío, desolado,
sordo compás, corriente detenida,
¿dónde aquel ademán con que dejabas
de ser tú mismo para ser el río



de fuego y de cristal que penetraba
en otra y amorosa geografía?
¿Dónde el dulce suicidio
de tu aliento y tu voz?

Solo estás, como un viudo
en una playa gris, viendo la estela
de algo que se ha ido.

Vaso roto,
tu disperso cristal miro en el sueño.
Eres un visitado por el fuego
de una torre caída.
Una rama de viaje.
Un traje de ceniza.
Tus brazos que han perdido su destino
son la mitad inútil de un abrazo.



Y un gran dolor por ti me sobrecoge:
Si no fueras mi cuerpo,
mi propia y anegada superficie,
yo te acariciaría
como a un niño de filos y de cardos,
de escondida ternura
y seco llanto.



Elegía

Imaginad un árbol con las ramas por dentro,
ahogado por su propia e imposible corona
y que cautivo lleva –aniquilándole–
el fruto no vertido de su sombra.

Esto soy yo. La soledad sin brazos.
Un mar que, despertando, ya es arena,
muriendo solo bajo el mismo grito
que imaginó poner entre sus ondas.

Yo venía
de ser raíz para subir a sueño,
de ser oscuridad a dividirme
en el sereno reino de mis hojas.
Subiendo estaba y encontré esta muerte



de no ser sino el árbol que encerrada
lleva su irrealizable primavera,
su fuerza inútil de imposibles ramas
que no verán jamás a las estrellas.

Esto soy nada más. Raíz desnuda.
Un viaje que pensó que se movía
hacia el diáfano fuego de la rosa
y se quedó en su origen de ceniza,
más que nunca en la planta desde donde
creyó subir por la escalera angélica.

Y estoy sintiendo lo que siente un sueño
cuando va a florecer y es despeñado
desde los mismos ojos que lo sueñan.



Soy la que nada poseyó. La oscura
desesperada soledad terrible,
quien jamás conoció sus propios brazos
ni los colmó de llanto y de dulzura.

No se crea en la voz que se me escucha,
que no es ésta mi voz. Y este poema
no es siquiera una rama... No es siquiera
una sospecha de mi oculta sombra.

Tan sólo quedó aquí del mismo modo
que en la orilla del mar a veces queda
—testimonio de muerte y abandono—
el lúcido esqueleto de una perla.

Del libro

LA TRISTEZA TERRESTRE

1954



El velo centelleante

A Marco Antonio Montes de Oca

I

Yo no canto

por dejar testimonio de mi paso,

ni para que me escuchen los que, conmigo, mueren,

ni por sobrevivirme en las palabras.

Canto para salir de mi rostro en tinieblas

a recordar los muros de mi casa,

porque entrando en mis ojos quedé ciega

y a ciegas reconozco, cuando canto,

el infinito umbral de mi morada.

II

Cuando me separaste de ti, cuando me diste

el país de mi cuerpo, y me alejaste



del jardín de tus manos,
yo tuve, en prenda tuya, las palabras,
temblorosos espejos donde, a veces,
sorprendo tus señales.
Sólo tengo palabras. Sólo tengo
mi voz infiel para buscarte.

Reino oscuro de enigmas me entregaste.
Y un ángel que me hiere cuando te olvido y callo.
Y una lengua doliente y una copa sellada.

Esto es la poesía. No un don de fácil música
ni una gracia riente.
Apenas una forma de recordar. Apenas
—entre el hombre y su orilla—
una señal, un puente.



Por él voy con mis pasos,
con mi tiempo y mi muerte,
llevando en estas manos prometidas al polvo
—que de ti me separan, que en otra me convierten—
un hilo misterioso, una escala secreta,
una llave que a veces abre puertas de sombra,
una lejana punta del velo centelleante.

Eso tengo y no más. Una manera
de zarpar por instantes de mi carne,
del límite y el nombre que me diste,
del ser y el tiempo en que me confinaste.
Has querido dejarme un torpe vuelo,
la raíz de mis alas anteriores
y este nublado espejo, rastro apenas
de la memoria que me arrebataste.



Y yo, que antes de la ceguera
del nacer, fui contigo
una sonora gota de tu música inmensa,
lloro bajo la cifra de mi nombre,
en esta soledad de ser yo misma,
de ser entre mi sangre un nostálgico huésped.

III

Pero voy caminando hacia el retorno.
Pero voy caminando hacia el silencio.
Pero voy caminando hacia tu rostro,
allá donde la música dejó de ser ya tiempo,
allá donde las voces son todas la voz tuya.

Aún es mi camino de palabras,
aún no me disuelves en tu música,
aún no me confundes y me salvas.



Mas tú me tomarás desde el cadáver
vacío de mis pasos.

Derribarás de un soplo la muralla
de mi nombre y mis manos
y apagarás la vacilante antorcha
con que mi voz, abajo, te buscaba.

Recobrarás el incendiado espejo
en que atisbé, temblando, tu fantasma,
y este sonoro sello que en mi frente
me señaló un destino de nostalgia.
Y callaré. Devolveré este reino
de frágiles palabras,
¿Por qué cantar entonces, si ya habré recordado,
sí estará abierta entonces esta rosa enigmática?



A ti, rosal, nevado por la cima...

A ti, rosal, nevado por la cima
de hielo ligerísimo,
a ti, que en el rigor abres tu rosa
póstuma, desplegada
sobre tu vago verde, y que la agitas
como una carta del verano ausente.

A ti, esbeltez intrépida, que subes
para estallar de tu mudez de espinas
hasta tu coro de dispersa nieve,
para mecer y para orear tu viaje,
en ésa tu paloma de alas quietas,
bajel de suavidad, vuelo de espumas.



Para ti, que contigo la trajiste,
que la sacaste de la tierra oscura
como si nos subieras un diamante.
Para ti, que una noche la tuviste
en soledad, como se tiene un sueño,
y luego, bajo el sol, su puerta abriste
igual que desatando
una celeste voz en tus espinas,
lo mismo que si anclaras
una pequeña nube en tus orillas.
Para ti, tesorero de la nieve,
silencioso arquitecto de la espuma,
este poema de este triste día.

Es que, hablándote así, del frágil tallo
hundido y doloroso de mi voz,
desde mi noche que olvidó su estrella,



desde mi soledad, desde mi enero
y su granizo y sus perdidas aves,
me parece, loándote en la gloria
tardía y denodada en que terminas,
que, como tú, levanto yo una rosa.



A las puertas de Sion

J'attends une chose inconnue

MALLARMÉ

Ya sólo soy un poco de nostalgia que canta.
Y a tus puertas estoy como una piedra
gris en el lujo nítido de un prado.

No traje nada aquí ni dejo nada.
Tampoco sombra alguna ha descendido
de mis propias tinieblas y mis brazos.
Ninguna flor tomé sobre la tierra
para no encadenarme a su hermosura
ni por gracia mortal ser poseída.
Ni traigo ni el fantasma de un perfume
a tu jardín de límpidas esferas.
La soledad te traigo que me diste.



Óyeme aquí gemir, tu criatura
del exilio y del llanto.

Óyeme aquí, tu ciega enamorada
que su muerte muriendo sin morirse,
tu estrella ve temblando, suspendida,
desde el hundido túnel de su canto.

¿Cuándo enviarás mi sombra a devorarme?
¿Cuándo podré marchar hacia tus prados,
a tus puertas de oro,
cuándo por tus jardines apartados
iré ya sin muerte, ya robada
para el ancla vencida de mi polvo?

No más mi cuerpo ver, como un alcázar
de música ruinoso, ni la noche
circundando mi fiesta de amargura.



No más hablar de ti desde mi boca
que es sólo como muerte detenida,
no hablarte con mi voz, que se levanta
demorado desastre. Abre tus puertas
y ciega con la vista mis dos ojos.
Mátame de belleza, ya alcanzado
el gran callar hacia donde navega
la nave de nostalgia que es mi canto.

Deja que en este punto mi ceniza
se caiga desde mí, que me desnude
y me deje a tu orilla, consumada.
Que con brazos de amor –no los que tuve–
llegue por fin a la sortija de oro
con que al misterio ciñen tus murallas.



La tristeza terrestre

Vivo a veces mi muerte. Me recuerdo.
Adivino mi rostro y sé mi nombre.
Y la puerta se abre. Y yo penetro
en mi primera identidad y salgo
de la casa fugaz de mi esqueleto.

Qué difícil volver, con la memoria
de aquella viva muerte que se tuvo.
Qué mirarse a sí mismo,
ya ser desconocido e increíble,
después de ver las fuentes y los prados
de la morada quieta y misteriosa.

Ya se es criatura despojada,
ángel triste y vacío, helada estrella,



vagando por el dédalo sonoro
de una desconocida sangre, por la patria
extraña de unos ojos,
después de haber pisado un umbral de centellas.

Y las manos, que brotan
como súbitos seres impensados.
Y esta ciudad equívoca del cuerpo
donde somos viajeros extraviados.
Y este volverse a ciegas
a la oculta potencia, al signo visto
que de terrible amor ha enamorado.

Todo ya en la comarca desolada
de los torpes sentidos,
cruzando por acequias estancadas,
por extraños países moribundos



de cabellos y piel, huesos y sangre,
hacia el nombre y el rostro ya sabidos.

Ya no se vive, no, como los otros,
con esta muerte de fulgor probada,
ni es nuestro ya el cadáver que devora
la muerte igual, la muerte que es de todos.

Y no sé si Dios manda
esta dulce visita tenebrosa,
este veneno altísimo y terrible,
o si se escucha el canto de un demonio
detrás de esta nostalgia,
de este volver de nuestra muerte propia.

Pero sé que es morir. De eso se muere,
de jubiloso atisbo fulminante,



de tremenda memoria recobrada.
Y aquel que haya caído
alguna vez desde su propio cuerpo,
como si despertando bruscamente
se despeñara de una torre sorda,
andaré hasta la muerte como muerto.

Del libro

EL PAÍS MÁS ALLÁ DE LA NIEBLA

1969



Hipótesis del vuelo

A Emma Godoy

El aire está en reposo. Todo calla.
Mas de pronto sobreviene un rumor,
un ruido repentino de seda que se rasga.
Y nada más. Un pájaro que vuela.
Y un gran misterio a nuestro lado pasa.

El pájaro se suelta de la rama
como una manzana
contraria a la costumbre de todas las manzanas,
fruto cuya materia sumisa se libera
del destino terrestre y a sí mismo se alza.
No es ya el peso luciente ni el color desplomado,
sino el puro, inasible resplandor del sonido.
Y allá va, frágil pluma, velocidad alegre,



ya dividiendo el aire con su quilla de trinos
o ya sonora isla temblando en el espacio.

¿Qué es esta criatura simple y sabia?
¿Cómo cumple su afortunado signo peligroso?
¿Sobre la palma de qué mano se confía
el gozo de esta ideal y misteriosa máquina?

Y no. No son las alas las sustentadoras
de este embriagado y lúcido cometa,
de este orbe levísimo de pluma,
de esta resplandeciente y viva flecha.
No. No hay razón mecánica que explique
la ardiente, pura dicha de este vuelo,
sino que hay algo más, algo que habita
al ave más adentro que sus alas,



algo que anima el túnel delicado,
el tallo de cristal de su garganta.
Allí está su secreto más secreto,
allí está su habitante misterioso,
la fuerza que lo eleva, la mano que lo alza,
esa mano infinita
que no estando jamás sino allí dentro,
se abre en medio del aire como flor sin orillas
y ampara y rige el vuelo.

No combaten el pájaro y el viento.
El pájaro es la música
y el aire su hechizado instrumento.
Para saber por qué vuelan los pájaros
no hay que ver los sofismas de sus alas,
sino escuchar el río iluminado
que empieza en su garganta.



Las razones del vuelo son razones de música
y si el pájaro vuela, es sólo porque canta.



Monólogo del despierto

A Ernesto de la Peña

...y solamente lo fugitivo
permanece y dura.

QUEVEDO

I

Caen los rostros a oscuras,
las palabras cerradas.
A espaldas de la luz se ensaya la catástrofe
del aire cercenado,
del corazón caído en medio de su sangre
con el asombro de un asesinado.

Esta tiniebla sorda, este silencio
donde apenas se eriza
un escarpado grito de bestia solitaria,



o atraviesa el aliento
de una maligna víscera invisible,
es ya la asfixia de una sola tumba,
es la victoria de una sola muerte.

Estamos ya arrasados, detenidos,
fuera ya de nosotros, sin ribera ni centro,
sin nombre ni memoria,
perdida ya la clave del límite, la cifra
de nuestra propia imagen y su espejo.

Todo aquí es más allá.
Se ha trascendido el círculo.
Se ha derogado el número.
Ni distancia. Ni música. Ni latido. Ni órbita.
La dulzura terrible, sin fondo, de la nada.
Si ahora cierro los ojos, caeré en su abismo ciego.



Pero no. Sobre el rostro arden como testigos
de la luz y del orden.
Son las llaves que guardan la puerta de mi nombre,
la presencia del muro, el regreso del alba.
Y herido, me resisto.
Me restaño la vida que me huye
en oleadas sin forma,
como un gas, disolviéndose en el sordo vacío.
¿Pues qué soy yo —qué somos—,
qué es entonces el mundo si no el instante ardiendo
en donde me reúno —fuerza aterrada y sola—
a detener mi sombra, a denegarme
al dulce horror que acecha tras mis ojos
al vaho que se extiende en el espejo
donde puedo encontrarme?



Toco la oscura brasa de mi nombre
—esto que soy, que amo y que recuerdo—.
Luego voy más allá de mi memoria
y de lo que es ahora la isla de mi cuerpo,
de la sonoridad iluminada
donde acceden las cosas a su forma.
Bajo por las raíces de mi sangre,
donde el secreto de quién soy reposa
y alguien sin rostro ya funda mis pasos
—ése que a veces vuelve, que me escala
y dentro de mí sueña grandes sueños oscuros—.
Todo sube a mi boca buscándose la imagen.
Como entre dos espejos se viste entre mis labios.
Es mi orilla de muerte y permanencia,
es la lúcida flor arrebatada
y la ciega raíz invulnerable.
La compruebo y me incendia



y ya hay un largo invierno
entre el tacto y la llama.
Este fuego sin pies, duro, cerrado,
se está haciendo sus alas de ceniza.
Cuanto lo hace brillar lo va apagando
y cuanto lo cautiva ya le prepara el vuelo.
Mas, despierto, definiendo mi medida,
amuralló mis límites,
moribundo Narciso arrodillado
ante el agua que huye con su rostro
y a la vez lo consagra en su reflejo
criatura de un tiempo y un espacio.

II

Pero ahora me voy. Yo soy el cuerpo
desordenado y ciego de la arena.
Y sus miembros ardidados y dispersos



hacen conmigo el viaje de morir.
Morir... Morir inacabablemente
en cada grano seco, en cada sitio
del viento que me arrastra.

En soledad, inmune, bajo mi nombre vivo.
Pero con todos, en la noche, muero.
Muero por los que duermen,
por los que dan la espalda al oscuro jadeo,
por todos los que ignoran que en esta noche
han muerto y que mañana volverán a morir.
Muero porque su muerte sea reconocida
y les sea devuelta la gracia de su nombre
y acordado el rescate.

Aquí está el Enemigo,
el que muestra su rostro en esplendor y ruina,



ése que en flor y piedra encuentra su alimento
y en cada criatura se nace y finaliza.
Gotea sobre el mundo su cuenta solitaria,
devora en los rincones la música del día,
afelpado y feroz, pisa a los fugitivos
y extiende su fisura narcótica en secreto.
Y sé que no lo saben.
Él está aquí,
a la orilla de los cuerpos vencidos
a oscuras, sin combate,
de cuantos abatieron el brazo de su llanto
y no llevan los ojos como un ardiente escudo.
Nadie escucha su lenta mordedura ni siente
cómo cae sobre el sueño en ceniza implacable,
un muerto en agonía perpetua, un polvo oscuro
al que nadie vigila y crece, y crece y crece,
hasta que todo sea, una noche, una hora,

su montaña de arena, su total desolado.
Devorador del vuelo, del paso y la caída,
trabaja sin testigos.
Se le ha dejado a solas
como a una fiera lúcida,
destruyendo en secreto el orden y las formas.
Corre sobre nosotros, deshace con nosotros
el monstruo de su cuerpo.
Pasa solo, llevándose
señales y reflejos.
Por Él una flor salta desde la sombra al aire
y de la luz despeña su rostro en el vacío.
Él incendia el espacio de bodas invisibles
y en el centro del fruto instala ya el derrumbe.
Por Él la rosa ama a otra desconocida
y la abeja traslada la promesa y la muerte
de una orilla a otra orilla del vestido del viento.



Todo es su dominio, su víctima y su hijo.
Seca dulces cabellos y labra ocultas sales.
Abre vuelos y ojos y traiciona al dormido.

Navegante del pulso, vigila su corriente,
iza su ardiente oleaje y para su sonido.
¡Ay de aquel que no siente el rumor de su quilla!
¡Ay de aquel que no siente su cuerpo navegando!
Porque luego regresa más y más lentamente,
cada vez más dormido y cada vez más muerto,
de la gruta sin fondo al espacio encendido,
del reino de la piedra al resplandor del ojo.

III

Aún ha vuelto el alba.
Pero nadie se asoma
de su orilla quemada al brocal del espejo



a saber lo que falta, lo que fue consumido
a ciegas, en la noche, dentro de la caverna
suspendida del sueño.

Por todos los que duermen en esta hora velo,
soportando en la frente al mundo abandonado,
recogiendo los nombres en la tierra caídos.

Oigo la oscura ruina demoler en secreto
una orilla de hierba y una punta de astro.

Todo lo sé y lo sufro en este solo instante
en que mis ojos arden en el espacio ciego.

Y en plenitud fugaz e irrevocable,
soy eterno.

No lo sabéis, dormidos, pero soy el escudo
que oculta vuestra fuga y salva vuestros pasos.
Y por todos vosotros pido una muerte viva,
por vosotros me ofrezco



– “no saben lo que hacen” –
siendo todos, despierto.
Pues amo al olvidado y al que olvida,
al tímpano cegado,
y al corazón sin música.
Y por todos en mí busco, velando,
vuestra propia palabra, confundida
en el negro desorden, que no sube
a unirse con la hermana que la aguarda,
a ser, en una sola y pura eternidad,
una brizna de música, una astilla de alba.

Sí, por todos vosotros,
ciegos, sordos, inmóviles,
pido morir de pronto y no con esa
lenta y horrible desmemoria
del que hace poco a poco su cadáver,



del que junta su muerte noche a noche en el sueño.

Sí. Morir con mi nombre en mitad de la frente,

ojo del alma y última columna

que presencie el desastre.

Sí. Morir vigilando el rumor de la muerte

y, por todos los ojos en esta sombra huidos,

mirarla en el espejo del alto mediodía

abrir la puerta y derramar la noche.



Golpe en la piedra

A Jaime Cardaña

Mirad las aves del cielo, que no
siembran ni cosechan y nuestro
Padre celestial las alimenta.
Contemplad los lirios del campo.
No tejen ni hilan, y en verdad os digo
que ni Salomón se vistió así en medio
de toda su gloria.

Mateo, VI-XXIV-XVIII-XXIX

I

Estoy aquí, en tus ojos.

Mírame, sombra mía.

O mejor, no me mires.

Soy como tú.

Por eso no me conocerías.

¿Mi nombre? No lo tengo.

El rostro gris, nublado, indistinguible.



Soy éste. Aquél. No importa.
Todos somos iguales.
Todos oscuridad. Ni siquiera tristeza.
Nunca el amor. Y nunca la alegría.
La palabra jamás. Jamás el fuego.
Sin arder nos hacemos de ceniza.
El día nos encuentra
pasando cartas que jamás abrimos,
contraseñas exangües, desventradas.
Por la noche caemos en pozos sin aliento,
en orillas de sombra,
en un callado infierno.
Somos piedras tiradas sobre el cauce
de un río que se ha muerto.

Ciertamente que a veces me pregunto
quién soy, a dónde marchó,



dónde nace la rama de mi sangre,
para qué me despierto,
qué hago sobre el mundo, aún menos que la hierba
fragmento del color, parte del tacto,
una leve razón, un signo breve
de ser en algún sitio para algo.
Y nadie me responde. No sabemos.
¿Cómo saber, si yo mismo estoy mudo,
si yo mismo me faltó?
¿Por qué estar solo así, de mí tan solo,
por mí deshabitado,
de mí mismo tan ciego,
hombre de arena seco y dispersado?

II

Hoy es viernes.

Es una de las cosas que sé.



De las muy pocas.
Una vez más termino mi tarea
—esta sorda tarea sin ventanas—
atrapado en un tiempo febril y paralítico.
Un resuello de perros
rastrea mi pisada entre malezas,
por el bosque sin término de cegados espejos
donde perdí la imagen y el reposo,
la soledad y el nombre,
donde me está prohibido detenerme
a buscar mi sortija de misterio,
mi llave de tinieblas y relámpagos,
golpear la puerta de mi antigua casa
y llamar a las vírgenes que duermen
largamente, esperando
sitio, vestido y música,
fiesta de ser mirándose una a otra,



para luego cruzar los siete umbrales
del país más allá de la niebla
donde es el vino pan y pan el vino
y todo la verdad que sólo advierte
la última alcoba angélica del ojo.

Hoy es viernes.
Guardo los instrumentos funerales,
las negras herramientas
de borrar, de talar ojos y alma.
Me quedo aquí, perdido, circundado
de rebaños que tiemblan, se esparcen y reúnen
como una ola ciega.
Con ellos voy y vuelo y me disperso.
Está cerrada la caverna.
Y allá lejos, el lirio resplandece
con su traje de rey, y no teje ni hila.



El pájaro no siembra ni siega
ni llega en alfolíes.

Y suyos son el trigo de la aurora
y la miel y el rumor de los veranos,
el aire azul y el verde que se junta
a ser el árbol.

Yo tejo oscuridades. Largas telas vacías.
Siembro. Revuelvo arenas. Les confío
granos sin esperanza ni secreto,
puños de sed, de sombra erosionada.

Y éstos me hablan de amor.
Del amor hablan todos.
Amor: negro resuello a lomos de la noche.
O peor: una pobre lágrima azucarada.
¿Amor es este llanto encima de mi carne,
este horror junto al pozo devorador de estrellas,



es esta indiferencia de cadáver?
¿Amor quedarse solo –y más solo que antes–,
amor echar cerrojos
al socavón donde sin lengua vaga el alma?
¿Amor tenderse a oscuras, a morir sin un astro,
sin una sola astilla de sangre iluminada por testigo,
sin raíces que suban
de su negra piscina sin rumores
al aire de este tallo que aguarda su corona
de congregada luz, de música visible?
¿Amor el no saberse de pronto derramado,
amor el no escapar de la caverna
donde la sangre busca su salida,
el puro sol del ojo,
las puntas de sus ramas abriéndose en los dedos,
la ola centelleante
de un alto corazón arrebatado?



Ay, no saber quemarse.

No saber ser tomado

a música y a fuego, hechizado y devuelto
al delirio del bólido y su cabello ardiente,
a las primeras pieles de la estrella
y la inauguración de sus perfumes.

Ay, no ser levantado hasta la zarza en llamas
del corazón, hasta la piedra pura
que el golpe del amor en el costado
pone a manar secretos
y abre el ojo ya sabio y deslumbrado.

Ay, y morir. Morir y dar la muerte.

Y sembrar en la noche mi diáspora de lágrimas,
dispersar mi semilla de oscuras inscripciones,
diseminar las bocas destructoras del musgo,
mi linaje de polvo, mi raza de olvidar.



De mí descenderán lenguas baldadas,
lámparas abatidas,
apretadas legiones de exterminio,
inocentes, tristísimas legiones
de abrazos al vacío.

Cisternas desastrosas.

Huecos deshabitados por la música.

Filas de espesas puertas clausuradas
que han perdido la llave,
echadas como tumbas sobre la primavera,
sobre los altos gozos de la luz y los pájaros,
sobre los alimentos celestiales,
sobre la espuma ociosa y amada de las flores.

III

Mañana será lunes. Todos los lunes llueve.

El lunes: ciudad triste y agrietada.



Entro allí como un puño de ceniza,
como un muerto acosado.
Me interno en sus monótonos martirios,
en su reloj de insectos implacables.
Y me doy a la gota que me horada.
A mi telar vacío.
A mi mano asesina de palabras.

Ya concluyó el relámpago
y su vaina de sombra lo devora.
Sólo queda la lluvia. Los perros y su aliento.
La maleza confusa. Y mi loca pisada
que va a ninguna parte,
que derrenga mis miembros y los vuelve a la piedra.
Mi voz entra en su costra y mis oídos pierden
la orilla de la música.



Casi supe. Alguien vino.
Dejó caer una palabra.
Pero ha vuelto a ser lunes.
Sobre el arroyo turbio va una flor pisoteada.
La piedra abate un vuelo
y parte una garganta.
Y cesó así la música que alzaba en vilo al mundo
y el color de la tierra es abrogado.

Traje de rey cuyo caudal sostuve
sólo por un momento, sosteniendo
el esplendor y el peso de los cielos y el aire.
Gran ciudad de sonoros palacios,
estación de los frutos graciosos y abundantes,
donde al oído anclé, fuera de tiempo y de la cólera,
para que conociera cómo suena el verano...



Hoy es lunes. Es lunes. Es la hora. Ya vamos.
Vamos al rostro gris. Hacia el olvido.
Al no saber jamás: la desmemoria,
el mapa que te excluye, ciudad de siete umbrales.
Reunámonos a ser como un gran ciego.
Cerrada puerta para amor y gozo.
Amianto inexpugnable.
Los dormidos. Los muertos.
Sólo nadie.



Sueño y rescate

A la memoria de Efrén Hernández

...Acaba, en fin. Por mí.
acaba ya si quieres.

Al ángel del sueño, EFRÉN HERNÁNDEZ

Un duende cerrajero de secretos,
una voz muy pequeña, de ramita quebrada,
nada más un vestido rumoroso de árbol
—apariciencia y sonido siempre al filo del viaje—,
iba por esas calles a saltos de paloma,
andaba por el mundo como una aguja en llamas.

Pocos lo vieron. Pocos.
De día estaba ausente —alta ausencia de pájaro—
y de noche y a solas, el mundo lo habitaba,
andaba por la oculta soledad de su sangre
desgarrando, buscando el orden de su frente.



Así el ciego encontraba su rostro en el espejo
y el llanto iluminaba su cuerpo en la palabra.

Por aquellos que pasan sin ojo y sin oído
él quemaba en la sombra un aceite sagrado.
El rumor de una estrella. Un encuentro de amantes.
Alguien abandonado. Una caída. Un beso.
El brazo demolido. El rostro inaugurado.
Jardines de inocencia y ruinas condenadas.
Una flor que entreabre su puerta de cristales,
salta luego al espacio y cancela el vacío.
Alguien que retrocede el viaje de las flores
y siente el peso mudo de la tierra en su boca.
Un hombre y una hierba debajo de la noche
como desde una tumba atroz e iluminada.
Una voz que pregunta. La respuesta de un eco.
Una risa de fósforo. Una señal celeste.



Cierto nombre que sube desde el inmenso olvido
con un arder de astro,
da con el hueco a oscuras que lo estaba esperando
y, de pie en sus raíces,
su ser irrevocable alumbra y reconoce.

Todo está convocado debajo de su lámpara.
Todo allí recobrado de un infinito oscuro,
fluyendo de su frente,
asumiendo su forma, su signo y su sonido
en el que vela y cuenta el puro y vasto sueño
soñado por los otros,
con una letra breve, humildísima y sabia.

Ahora él ha vuelto a su heredad, al sitio
en donde fue nombrado con un nombre de música
antes del cuerpo frágil y de la voz dolida.



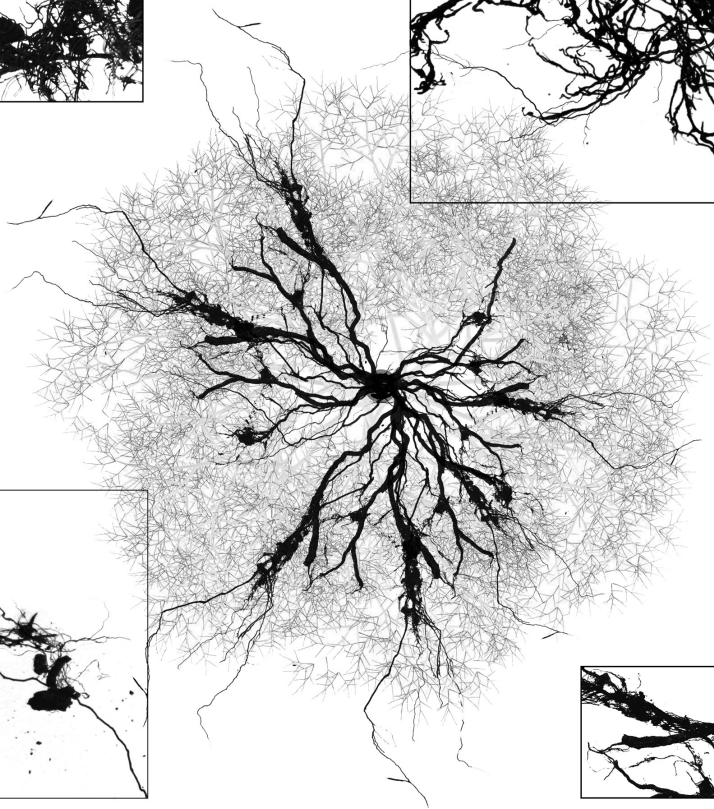
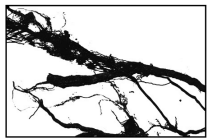
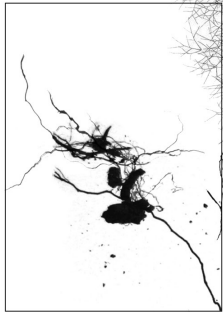
Ha levantado el velo de la última estrella
y el ángel que invocaba ha cerrado sus ojos
a todo lo soñado.

Una memoria pura, anterior al destierro,
es ahora su traje, su color y su forma.
Ya su frente no sueña asomada al espejo
buscando la respuesta en su rostro sin fondo,
deteniendo su pulso de inasibles destellos.
Porque ya no es el huésped de esta nublada orilla
ni nada ya, ni él mismo, lo divide
de la luz que aquí abajo reflejaba.

Río que retrocede recogiendo los astros
caídos en su curso, ahora los devuelve
hasta la oculta fuente que le dio sus fulgores.
Ha devuelto palabras, nombre terrestre, espejo.



Recobró lo que era y es ya lo que esperaba:
un estar siempre abierto en medio de la música,
un total, un absorto y colmado silencio.





Notas para un árbol genealógico

I. LA ETXE*

En el antro sagrado donde no corre el tiempo,
en la caverna a la mitad del caos,
allí, sí, en la memoria que me late
como un gran corazón henchido de lágrimas,
palpitante de imágenes,
allí nos encontramos,
criaturas cuyo rostro yace bajo una piedra,
bajo una piedra que es pesada sombra,
cancelación, olvido,
que es la cara del polvo.

*Según la concepción tradicional que aún perdura en el pueblo, el Vasco se halla ligado a su *etxe*, su “casa”. La *etxe* es tierra y albergue, templo y cementerio, soporte material, símbolo y centro común de los miembros vivos y difuntos de una familia. Es también la comunidad formada por sus actuales moradores y sus antepasados... En estrecha relación con la *etxe* se desarrollaron durante siglos los principales modos de vida (que tienen su expresión en las viejas leyes y costumbres, y todo el sistema mitológico y religioso). El mundo conceptual del vasco histórico gira pues alrededor de la *etxe* que, a su vez, persigue un ideal: hacer



En el centro del mundo, en esa isla
conquistada a un naufragio de fechas y de nombres,
que se sostiene a flote apenas un instante
antes de hacerse, como todo, nada,
cuando yo me haya ido, cuando nadie recuerde,
y que es eternidad irrevocable.

En el guiño de luz, en el espacio
de santificación y permanencia
donde me sabe Dios, donde me hiere,
donde llamo a su puerta y me prosterno
hacia su cólera y su amor,
allí los tengo.
Tumba sin corrupción. La tierra santa
en que germinan siempre,
idos míos que no dejo partir.

que cada uno de sus habitantes viva sin dolor y sin pena, en comunión con sus antepasados, en esta vida y en la otra. Miguel Barandirán, *Mitología vasca* (Minotauro, Madrid 1960).



Con ellos hablo
mientras se me permita recordar,
mientras me dejen heredarlos.

II. LA TRIBU

Soy sólo una memoria. Soy un pueblo
de voces extinguidas que en la mía se alzan.
Toda la tribu se reúne entorno de mi fuego.
Viene de todas partes hacia mí: su destino.
Viene de todas partes, gente mía, sagrada.
Gente que en mí recuerda,
que la sangre me escala
como recuerdo ahora porque existo
en otra gran memoria,
como escalo este ser que soy yo misma
y nos contiene a todos.
Gente mía, sagrada, que conmigo dialoga



de pie sobre su muerte, en los repliegues
de la secreta roca
en donde el mundo empieza y donde acaba.

Por ellos, nunca sola,
pues no tengo un cabello que ellos no me dejen.
Abro su testamento en medio de la noche.
Y es nada más el mapa
de este gran laberinto en donde los encuentro
y soy yo, en cuerpo y alma.

Unos de recio y retorcido olivo,
como el Cristo que amaban.
Otros, polvo y sed del desierto
caminar y nostalgia.
Otros como de trigo,
como de tierna grana.



Unos, tercas raíces sin tierra en qué afincarse.

Y otros, nada más alas.

Unos del sol, y otros de la luna.

Unos la luz. Otros la sombra.

Unos son el delirio

y otros la angustia sobria.

Unos tiernos, dorados.

Otros, tercos y duros.

Y otros igual que espejos anublados

que reflejan un agua recóndita

y el paso de los trasgos.

Unos son la oración y otros la saga.

Unos caen de rodillas ante el Único

y otros a sus dioses selváticos

en mi sangre reclaman.

Unos, los secos éuscaros,



que son de miel huraña,
que hablan una lengua de piedra
y tienen dulces brazos de carne.

Otros vienen de lejos, de muy lejos.
Pasan ocho mil años de tremendos parajes
y llegan desgarrados, bajo voces de cólera
y embriagados de salmos
para entrar en mi sangre
a contar medio siglo de desierto,
y las altas estrellas, y las palmas,
y el sabio desencanto
de un rey resplandeciente
que mora en libro amargo.
Una Noemí muy vieja me brota de los ojos.
Un Job llagado y firme me opone con el Diablo.
Como Ruth, junto ahora espigas en la era



y como ella, las ato.

Y soy Jacob para tener a Lía
en la gran noche del engaño.

Y soy Esther y amo a los que, míos
jamás he abandonado.

Y allá los celtas brujos
con sus hoces de oro,
por los que venero los árboles
y atravieso la vida como un bosque
donde un secreto mana de cada piedra muda
y todo es como un hilo que se ata a lo sagrado.

III. LOS NOMBRES

Aquí estás tú Felipa, mujer fuerte,
apoyada en el árbol del rosario.

Te veo aposentada entre tus niños



de rizos pavonados
mientras escribes unos versos igual que campanitas
a la Virgen de la Soledad,
La imagen de María que, como tú, más amo,
la dulce torre negra a la que alzo la frente
cuando lloro a mis muertos,
ésos de los que vine y que me duelen
como hijos pequeños caídos a la tumba
desde el pulsar de mi costado.

Y tú, Andresha, amandrea ederra,
cuya memoria persistente y fina
me cala como las lluvias de Oyartzun,
que pasas cada día, enlutada manzana,
debajo de mis párpados.
Tu María es la estrella de los mares.
Todas las tardes, por mi boca,



le rezas en vasco:

“Ama Berjiña Mari”, le decimos

bajo el roble sagrado...

Yo te heredé los ojos donde verdeaba el agua,

agua del Urumea en que los altos mozos

bañaban los caballos

entre la espuma viva y el relente del alba...

Y tú, abuelo Francisco...

Mi madre me contaba que fuiste buen jinete

y de noche cantabas,

dulce astur de habla dulce

que colgaste la espada

en el clavo más alto

que encontraste en tu casa.

Luego, por las canciones,

las sierras de nuevo cabalgabas,



los dedos en las cuerdas
y en los dedos el alma.

Tú pasaste esa puerta
abierta en la guitarra
para que entren los duendes
en la cueva sagrada
desde donde oigo a veces
su voz de tribu mágica.

No sé cómo pudiste andar tantos caminos
de tierra dura y áspera
si tú eras de la música
y en su mar, finalmente,
debiste echar el ancla.
De la música, abuelo,
que hoy me das en palabras



desde la punta de tus dedos célticos
urdidores de fábulas
y que viene y me endulza
la ruda savia éuscara
y el lejano
resonar de las arpas.
Llueve si te recuerdo, abuelo mío.
Llueve y gime una gaita.
Los hijos de Israel que por dentro me lloran
exilio y remembranza
cierran su libro terrible
y también cantan,
ya no en la dura lengua perseguida,
sino en ésa de bosques hechizados,
sino en ésa de ramas,
sino en ésa de lluvias y de montes
que a veces por mí hablas.



Y los vascos agricultores,
y los vascos navegantes,
dejan el manzanar, dejan la barca,
y en torno a ti se sientan y se embrujan
con tus húmedas palabras.

Toda tu ciencia consistía
en unas neblinosas baladas
para dormir a tus niñas
dentro de una cuna blanda,
dentro de una cuna de música
que mecía tu mano ancha.
No me quites tu ciencia, abuelo.
El mundo, no lo sabes, está triste,
y alguien ha de cantar en la alta noche
así como cantabas.
Alguien ha de cantar en la alta noche



antes que sobre los niños que duermen
caigan las espadas.

Que no me olvide nunca, nunca,
de tu voz, de tu guitarra.

Que no me olvide nunca, nunca,
de las criaturas que, acostadas,
tienen que oír algo que encante,
tienen que oír algo de plata,
tienen que oír el rumor de los duendes
antes de que les sieguen, con el sueño,
la flor de la garganta.

Manuel Mateos, viejo señor de rostro rabínico
y parla sosegada.

Tienes la culpa tú de muchas de las cosas
que hoy me pasan.

Me envenenaste pronto con el cielo.



Me hiciste rasgadura constelada.
Y me quitaste el sueño
al dejarme asomada
para siempre a otro mundo sin medida
desde donde me acechan misteriosas miradas.
Me leíste un poema cuando sólo tenía
siete años azules a la espalda.
Me leíste un poema
que era relojerías celestiales,
magia latina y delirar de luces
puras, enloquecidas y exactas.
Me leíste un poema y me perdiste.
La Soledad Primera se llamaba.
Te debo así el amor
por las palabras perfectas
como criaturas astronómicas,
como rosas de rigor metálico



que en aquel poema se incendiaban,
reinas recién nacidas,
vírgenes sabiamente encadenadas
que allí se contemplaban una a otra,
una a otra se concebían
y una a otra se alumbraban.

Te debo así el amor por el orden
y las criaturas jerarquizadas.
Casi nunca me hablabas de Cristo
y en Góngora me hiciste cristiana.
Tú me hablabas de otras cosas.
De cosas muy antiguas, lejanas...
Tus manos, como páginas amarillentas,
lo secreto me hojeaban.
Te debo así también esta alma vieja,
lunar, nocturna, desdichada.



Tu mujer me enseñó las letras:
María Mancera, maestra y maga,
con su francés de condesa
y su mano en la baraja.
Sibila familiar, vestido negro,
nariz aristocrática,
era una delirante biblioteca
de pulidas sentencias mundanas,
de máximas prudentes
y carcomidos signos de cábala.

Tíos María y Manuel,
porque me dieron la locura y el orden,
porque uno me entregó la belleza por tósigo
y la otra la llave de las palabras,
duerman en paz. Los velo
una noche tras otra.



Y en el momento de los muertos
no los olvido ni con lengua ni con alma.
Aquí están, con los míos, para siempre,
en la caverna santa.

Padre, por mucho tiempo, por una vida larga,
no supe de qué hablarte y cómo hablarte.
Hoy la muerte cancela las distancias.
Nunca nos conocimos. Nunca, nunca,
nos vimos alma a alma.
Pero llegó el momento en que te fuiste,
el momento en que ya no estabas.
Y entonces sí que nos quisimos.
Y entonces sí que te lloraba.
Y te di el más hermoso funeral de la tierra.
Eduardo y yo te llevamos a tu nueva casa
de rosas, matorrales y pájaros,



en medio de un rosario rezado bajo el cielo,
clamado a campo traviesa
como un ruido de alas.

Inocentes y santos, por el campo,
cargaron tu caja.

Inocentes y santos te abrieron la tumba
y no tocó nada de tu muerte
ninguna mano mercenaria.

No te puse entre sedas para tu último sueño.
Te di un lecho de madera aromática.
Tú, viejo castellano de la estepa,
memoria del desierto y voz sin agua,
duermes dentro de un árbol
como los druidas de mi otra rama,
dentro de un árbol fresco y húmedo
que los huesos te guarda



como guardaba hojas y nidos
cuando eran de la montaña.

Y a ti sólo, entre todos los partidos,
te lo ruego: no sé de qué, pero perdóname.
Haz las paces conmigo.
Sobre la tierra agreste en la que duermes,
arrodillada, te lo pido,
yo que soy el espejo de tu rostro,
yo que vine de tu latido,
yo que nunca supe quien eras,
ni lo que pasaba en tu alma,
pero que te quiero, te quiero
y te llevo como una llaga.
Haz las paces conmigo.
Sé mi herida cerrada.



Madre, pegado al cuerpo tengo el brazo
en que soltaste las amarras
una noche, de un solo sobresalto,
cuando tus ojos me miraron
desde el fondo del tiempo
y como dos señales en la niebla
se apagaron.

Pegado al cuerpo. Que no olvide,
siempre próximo al mío,
tu último calor. Y que recuerde
la suavidad de tu corteza,
el peso de tu nuca
y el golpe final de tus venas.

Tierna huérfana mía
que a tantos despediste
de tu blanda orilla



y que aceptaste con los ojos secos
el sino de enterrarte miembro a miembro,
de ir cortándote, encima de las lágrimas,
las ramas y renuevos.
¿Cuántas veces te fuiste antes de aquella noche?
Yo te vi en otra, aciaga,
junto a un mayo vencido.
Recuerdo que esa noche yo gritaba, gritaba.
Las casas se caían
sobre mi pobre espalda,
mundos desmoronados,
ceniza dispersada.
Y te miré a los ojos.
Eran dos cuevas devastadas.
Eran como malezas ardientes.
Eran dos pozos opacos
donde ya no había nada,



ni una hierba prendida,
ni una gota de agua.
Y yo supe que ahí estabas ya muerta,
al lado de aquel niño que tenía tu cara,
la cara que los dedos de la muerte
lentamente desdibujaban.

Él tuvo, como tú, las manos fuertes,
manos dulces y santas
manos labriegas, manos éscaras,
manos para las más humildes tareas de este mundo,
–la semilla y el fruto, la sed de los terrones,
la siega fatigosa y perfumada–,
manos a las que se les daban las flores
y se les cerraban las llagas.
Tu hijo y tú sembraron tantas cosas
en la tierra buena y en la mala...



Los dos tuvieron tanta piedad
hasta de la misma cizaña...
A los dos les daba santamente igual
ver que crecía su fresno verde
o que alguien le volvía la espalda.
Animales y tierra lo sabían.
De mi madre y mi hermano
nunca temieron nada.
Y mansos, iban al encuentro
de los que tenían la paz por almohada,
de los dos tranquilos labradores
a los que Dios miraba.

Aquí los tengo, de la mano,
a la madre de fragante falda
y al hermano de los ojos negros
que ya me miran sin distancia,



que me ven lo mismo que la luna
se sumerge en el agua
y hace fulgor la sombra
de la acequia estancada.

He tenido que hablarte con tu hijo.
No quiero que lo dejes. Tómallo en mis palabras.
Ya fue mucho dejarlo aquella noche
y vivir, ya sin él, con tanta muerte,
y llevar aquel luto que fue como una pátina
que te sombreó los cabellos solares
y te secó la mejilla clara,
hasta que te me hiciste una pavesa,
tú, que eras mi lámpara,
tú, que en la noche en la tiniebla
como ventana me brillabas.



Aquella vez en que dieciocho años
dormían en su caja
como una música rota,
como una absurda maquinaria,
escribiste la fecha verdadera
de tu largo morir. No te detuvo nada.
Allí elegiste
el desgraciado rumbo de tu marcha.
Allí te cerraste a la queja,
allí te metiste en tu llanto,
allí te hiciste una dulzura amarga.
Pero hoy te vuelvo a la alegría,
hoy te torno a tu casa,
hoy te entrego a tu hijo
como antes de que se derrumbara.
Aquí le restituyo su fuerza pura.
Aquí le recobro a la hermana,



la que con él leyó bajo los árboles,
mientras la tarde les caía en la frente
como una gran piedra dorada.
La que con él cuidó palomas,
la que, con él vio verde y agua,
la que con él segó los prados
y olió con él la hierba desgarrada,
la que con él rezó tantas veces
al cavar el sepulcro de un ave
y vio pasar con él las vacas por el campo
como oscilantes catedrales.

Como a uno solo nos hiciste.
A mí de olivo oscuro
y a él de rosas blancas.
A mí me abriste en la noche
y a él en medio del alba.



Y ahora aquí nos tienes,
uno solo otra vez, ya sin la muerte,
en la gruta sagrada.

Pero también te traigo a tu otra niña.
Hada en diminutivo, salta de mi memoria
y me abre la voz con una llave mágica.
Era morena y breve, y de pronto salía,
rayo tibio y osado,
de detrás de un baúl como de un árbol encantado.
Y llenaba de pasitos el aire
como una mariposa lo llena de colores.
Tenía los ojos de bruma, de niebla brillante,
y una oscura melena judaica.
Era suave como un durazno
y así era de pequeña, y así era de dorada.
Siento que en la mano me cabe



ahora como una almendra.
Se fue súbitamente, de puntillas,
de lejos, sin ruido,
como se apagan las estrellas.
Se fue con sus pasitos de hada
pisando sobre la muerte
igual que sobre grama.
No perdió su silencio de ángel.
No lloró nunca sobre el mundo.
No vio la vida, no la tocó nadie.
Pero yo te recuerdo, Matilde,
borrosa entre mis lágrimas.
Eres una llama que tiembla
tras un vidrio distante.
Te miro las manecitas de cera
y el leve cuerpo arruinado.
Y oigo cómo tu perro gruñe



porque nadie se acerque al abril clausurado,
al manojito triste
que dio flor cinco años
y es ya sólo tiniebla, olor de muerte
por todo el mundo derramado.

Aquí la tienes, madre.
Aquí la tienes otra vez, florida,
lustre y vestido de manzana.
También te la devuelvo
cuando hoy me devuelven las palabras,
para que la mezas y la duermas
como si por las puertas de tu casa
la muerte no hubiera pasado,
como si el cielo no se hubiera abierto
en la catástrofe en que floto
entre restos mojados,



entre huesos a la deriva,
cuando estoy
en el tiempo de los otros
y no en el antro mágico.

IV. ADÁN

Aquí estás tú también, el que yo amaba,
el de mí cercenado.
Sé que me oyes. Soy la que te habla
desde el hueco de tu costado.
Aquí te tengo, origen mío
anterior al pecado,
ahora que me vuelven las palabras
desde que el sello de tus labios
me selló la garganta
el día de perderte, de cancelar el diálogo,



el día de bajar al infierno,
el día de tu cuerpo desmembrado.

Allá, en el mundo en que se muere,
un ruiñeñor canta sobre la piedra
que custodia tus huesos.
Y Eurídice es mi nombre
en la ardiente tortura del tiempo.
Allá, sola, perdida, soy un sueño
sin ojos que lo tengan, un sonido
al que ya no propaga su instrumento.
Y Eva también me llamo.
Eva vieja. Eva viuda. Eva huérfana.
Eva de carne mutilada
que va y viene por su casa desierta
tocando las cosas que tú tocabas.



Eva que anda en su interior salobre
llamando al que le falta.

Eso es en lo que llega y lo que pasa.
Eso es entre todos.
Debajo de la voz cotidiana.
Pero no aquí, en lo santo,
aquí donde ya antes aprendiste
a vestir los divinos fantasmas
que allá, en la casa de la Eva viuda,
rasgan los muros con sus fisuras celestes
y abren en este otro mundo otra ventana.
Tú ya estuviste aquí, en el tiempo inmóvil,
en la isla sagrada.
Tú y yo pisamos juntos la caverna
que hoy a todos nos guarda.
Alguna vez nos trajo la inmemorial memoria



de esta orilla en donde cielo y tierra se apartan.
Porque tú y yo nacimos
entre los pobres maravillados
que se escapan del tiempo fugitivo
y han de volver al mundo a contar a los hombres
su verdadera historia.

Hemos vuelto al hogar. Nos quedaremos.
Ésta es la primera morada.
Allá, en la otra, Eva te llora,
Eva te busca y te llama.
No la oigas. Quédate con ésta
sin edad y sin nombre,
la que en verdad te ama.
Ya no en las cosas que rozaste,
ni en los libros que aún guardan tus señales,
ni en esa ropa tuya que aún cuelga en los armarios



arrancada de ti, como mi alma,
sino aquí, entre los míos.
Te he borrado la muerte de la cara.
Tú, que me acompañaste en el duelo
y me pusiste hijos en los brazos,
quédate aquí conmigo. Esta mañana
no es como aquella en que bajé al infierno,
no es la de mi casa arrasada,
no es la de una gran sala resonante de rezos,
no es aquella en que vago, muro a muro,
por la ciudad deshabitada,
no es aquella en que miro
un siniestro reloj y un libro negro.

Todo eso pasó en la dura intemperie.
Todo eso pasó. Y esto no pasa.
Se hace la eternidad entre los míos



bajo la bóveda sagrada.
Y aquí te guardo, en esta sangre
a su raíz atada.
Aquí te guardo, entre los nombres,
y los linajes, y las razas,
de los que vine hacia tu encuentro
y como mío te rescatan.

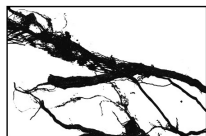
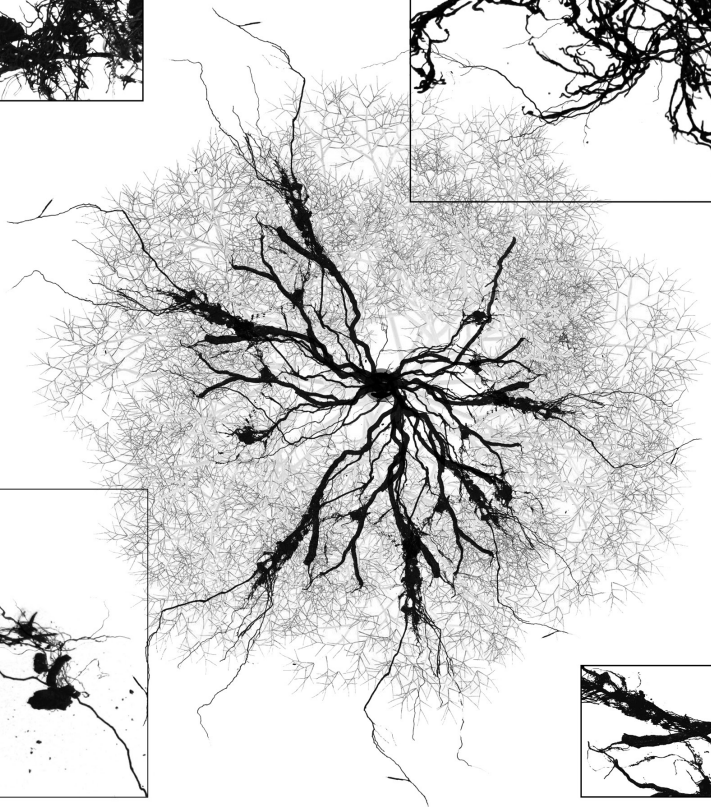
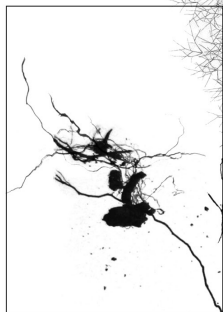
V. EL TIEMPO DEL SER

Sé lo que no sabía.
Lo largamente preguntado.
Que Dios me da estas palabras
para que en ellas junte lo perdido,
lo que se fue, lo dispersado.
Para que haya un momento
original, sagrado,
que dure siempre.



Para que todos vuelvan del naufragio.
Para que no me mate
el miedo de morir
y el dolor de lo aniquilado.

Todos estamos aquí ahora.
Los próximos y los lejanos.
Los del desierto y los del bosque.
Y los del mar y los del campo.
Todos en torno de la santa hoguera.
Todos sin muerte ya, transfigurados.
Todos en la eternidad de este instante.
Todos en el secreto encendido del antro.





Revisión, registro y catalogación: **Maríel Medina Lugo**

Grabación y preservación de cinta: **Radio UNAM**

Digitalización de audio: **Fonoteca Nacional**

Edición de audio: **Wendy Gómez Álvarez**

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Guadalupe Silva Sámano**

Agradecemos a Andrea Cataño Chillón su apoyo y autorización
para publicar este título de Voz Viva.



Notas para un árbol genealógico y otros poemas, de la serie Voz Viva de México (VV - 144) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 24 de agosto de 2022, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México.

Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19)

El tiro fue de 500 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.